

MONSEÑOR FERNANDEZ CONDE HA SIDO CONSAGRADO NUEVO OBISPO DE CORDOBA EN LA BASILICA DE SAN PEDRO

EL CARDENAL SIRI LEE ANTE JUAN XXIII UNA APOLOGIA DE PIO XII

Roma 9: (Crónica telefónica de nuestro corresponsal.) Jornada de honor para España la de ayer en la Basílica de San Pedro, porque nadie recuerda que se haya consagrado a un obispo español en el "ara primitiva" del Altar de la Cátedra. Honor mienso el que ha correspondido a monseñor Fernández Conde en la bellísima ceremonia litúrgica en que ha sido ayer alzado a la dignidad "Episcopatus", porque en el mismo punto y casi con la misma sustancia ritual hemos visto hace poco más de cuatro meses la coronación de Su Santidad el Papa Juan XXIII, que se ha dignado, por cierto, regalar al nuevo prelado español la cruz pectoral, en cuyo anverso lleva las armas pontificales como signo de su jerarquía y como compromiso de honor para el más fecundo ejercicio pastoral y apostólico. Sin duda, porque, por tradición más que por regla, los obispos electos son consagrados en las sedes catedrales, ningún obispo español fué nunca ungido en la Basílica de San Pedro. El inolvidable Merry del Val, consagrado en Roma, recibió los atributos episcopales en la iglesia española que de Santiago y de Nuestra Señora de Montserrat toma sus títulos. Por tan fastuoso y simbólico privilegio vaya la enhorabuena de este corresponsal al joven obispo de Córdoba, viejo amigo de estos últimos tiempos.

Veinte años de fecundas actividades en Roma y casi más de la mitad en la Secretaría de Estado de la Santa Sede, explican "ex abundantia cordis" el humano calor de afectos que rodeó la litúrgica ceremonia consagrativa del obispo don Manuel Fernández Conde. Era su consagrante nada menos que el cardenal Domenico Tardini, secretario de Estado de S. S. el Papa, y co-consagrantes monseñor Antonio Samoré, arzobispo titular de Tirnova y secretario de la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, y monseñor Enrique Delgado Gómez, arzobispo de Pamplona. En puestos preeminentes se encontraban los cardenales Siri y Valeri. En otros destacados, frente al altar de la Cátedra, el embajador de España ante la Santa Sede, don Francisco Gómez de Llano, con su esposa, y el embajador de España en el Quirinal, conde de Navasqués, y los miembros de ambas Embajadas. En tribunas especiales, el alcalde de Córdoba, don Antonio Cruz Conde; el gobernador civil, don Juan Victoriano Barquero y Barquero; el presidente de la Diputación, don Rafael Cabello de Alba Gracia, una representación del Cabildo Catedral cordobés, otras de asociaciones religiosas y de Acción Católica, y un nutrido grupo de peregrinos cordobeses.

Asistieron también casi todo el Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, muchos obispos, la flor y nata de todas las órdenes religiosas, del clero secular romano y numerosos alumnos de los colegios pontificios y de las dos grandes Universidades eclesásticas de Roma. Presenciaron asimismo la ceremonia muchos españoles, italianos y extranjeros.

Larga, pero bellísima, la liturgia de la consagración episcopal. A la derecha del gran altar de la cátedra se había preparado un altar especial para el electo. El cardenal Tardini, como consagrante, la ce-

lebró en el altar mayor, y después de revestirse con los paramentos sacros ocupó el faldistorio, en el lado de la Epístola. La ceremonia dió comienzo cuando el consagrante más anciano inició la "encuesta preliminar" dirigiéndose al consagrante, que a su vez requirió si existía el mandato apostólico, y a la respuesta afirmativa ordenó su lectura por un notario, escuchada con la cabeza descubierta. Después el rito continuó con el "Examen", que es un recuerdo del antiguo uso, según el cual el obispo electo no sólo debe sufrir un detenido examen sobre su propia ciencia, sino dar testimonio con escrutinios públicos y privados de su buena conducta civil y moral. Terminado este solemne y largo momento, inició el consagrante la misa solemne, que al terminar

la confesión fué continuada en su altar especial por el nuevo obispo. La consagración episcopal, propiamente dicha, comenzó después de la Letanía de los Santos. El consagrante, en pie y con la mitra, se colocó delante del faldistorio, y el electo se arrodilló

ante él. Tomó el cardenal Tardini los Santos Evangelios y, abiertos, ayudado por los co-consagrantes, los colocó por su parte interna, sobre la cabeza y las espaldas del obispo de Córdoba. Después tocó con sus dos manos la cabeza para que recibiera al Espíritu Santo.

Este momento de la ceremonia de la consagración es extraordinariamente bello por las oraciones que se recitan o se cantan y por el prefacio, que se interrumpe para decir las palabras esenciales de la fórmula de la consagración episcopal, en medio del himno "Veni Creator Spiritus" cuando el consagrante unge la cabeza del consagrado, primero, con el signo de la cruz sobre la tonsura, y luego totalmente. Acabado el himno, y entonada la antífona antes del salmo, el cardenal Tardini ungió las manos del nuevo obispo. Esta unción de las manos indica la bondad de las obras, y la santidad y excelsa dignidad de algunos sacramentos, cuya administración es propia de la jerarquía episcopal. Otros momentos extraordinariamente solemnes, después de la misa, se bendice la mitra que, rociada con agua bendita le fué impuesta a monseñor Fernández Conde por el cardenal Tardini, y la entrega de los guantes, el anillo pastoral y el báculo. Luego, el consagrado se sentó en la silla episcopal, es decir, fué "entronizado" demostrando la plena y solemne toma de posesión de la catedral a él consagrada, y se cantó un "Te Deum".

La gran ceremonia terminó con los saludos en la gran sacristía vaticana. El obispo de Córdoba, monseñor Fernández Conde, lo era ya en plenitud. A la gran suerte de ser el primer obispo español consagrado en el altar de la Cátedra de San Pedro, de Roma, añadía un estupendo día de anticipada primavera y una afectuosa explosión de afectos españoles y romanos en su torpe. Fuera de la Basílica, una masa imponente

de fieles rezaron a las doce el "Angelus" con Su Santidad Juan XXIII, que después extendió su bendición apostólica sobre todos desde la famosa ventana.

Esta mañana el Papa ha recibido con el obispo de Córdoba a las autoridades de la ciudad y de la provincia, que ayer le prestaron espléndida corona en el acto de su consagración y a los peregrinos españoles que con tan fausto motivo vinieron a Roma. Julián CORTES-CAVANILLAS.